

FILMS SELECTOS



Norma Shearer y Robert Montgomery
en «Amor de amor» de la M. G. M.

AÑO II N.º 14
7 de enero de 1931

30
Cts.

EN ESTE NÚMERO

El detalle en el cine, por María Luz Morales. — La polémica del cine: opinión de Miguel Pieta, por Fray Can. — Argumentos y fotogramas de las películas Los castigadores de Broadway, El rey del jazz y El valiente. — El cine y la moda, escótera, etcétera.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO



1262-474

Emocionante momento en que el almirante Byrd, en la película de la Paramount **CON BYRD EN EL POLO SUR**, guarda la bandera que ha de ser arrojada sobre el polo acompañada de una piedra de la tumba en que descansan los restos de su compañero Bennett fallecido en su viaje al Polo Norte, como homenaje de amistad y recuerdo.

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Llorens



REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN
Diputación 229 Tel. 38122
BARCELONA

DELEGACIÓN EN
MADRID: EDICIÓN
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Velázquez, 217 Tel. 3000



PRECIOS
DE
SUSCRIPCIÓN

España y Ultramar
Trimestre, 375
Semestre, 750
Un año, 1400

América y Portugal
Trimestre, 475
Semestre, 950
Un año, 1800



CADA
SÁBADO

NÚMERO SUFICIENTE
30
CÉNTIMOS



UNA FAMILIA DE LEONES ACTORES

«NUMA», el león que fué, si no rey del desierto, rey de los estudios cinematográficos de Hollywood, es recordado con gran cariño por los artistas que tienen que impresionar películas con leones más o menos salvajes.

«Numa» ha sido substituído en los estudios por un nieto suyo; pero las virtudes de éste hacen resaltar mucho más aún las de su difunto abuelo. «Numa» fué disecado y colocado a la entrada de los estudios cinematográficos donde trabajó hasta los últimos días de su vida. Los artistas, cuando pasan al lado del león disecado, recuerdan sus buenos modales, y quizá mucho más la dentadura de caucho que lucía en los últimos años de su vida por haber perdido la propia.

En cambio, el nieto de «Numa» está muy mal educado. No tiene consideración con nadie. Posee unos colmillos largos y afilados y se acuerda con demasiada frecuencia de que es un león de descendencia africana.

«Numa» empezó su vida pública como león de circo. Su inteligencia le valió que su amo lo llevara a los estudios de Hollywood, donde pronto impresionó una película. El éxito obtenido fué tan resonante, que «Numa» ya no volvió a pisar la pista de los circos y quedó consagrado como estrella cinematográfica.

«Numa» ha trabajado con artistas de tanto renombre como Gloria Swanson, Marie Prevost y el famoso Fatty Arbuckle. Una de las últimas impresionadas por «Numa» fué «El circo», con Charlie Chaplin.

«Numa» había nacido en 1914 en Abisinia. Deja veinticinco herederos. Entre ellos se destaca también por su inteligencia y cualidades histriónicas su nieto «Pluto»; pero éste no tiene el buen carácter del abuelo, y los actores que han de trabajar con él lamentan como nunca la muerte del famoso «Numa».

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, 375 pts. - Semestre, 750 - Año, 1400

Nombre

Calle

núm.

Población

Provincia

Desee subscribirse a **films selectos** por un trimestre - semestre - un año. (Tachese lo que no interese.) A partir del 1.º

El importe se lo remito por giro postal número

Impuesto en

o en sellos de correo. (Tachese lo que no interese.)

(Firma del suscriptor)

de

(Fecha)

de 1931

Films Selectos sale cada sábado

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el pseudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consulta.

DEMANDAS

64. — *«Derechall»* (*«Dee!»*) dice: ¿Podría algún lector o lectora de *FILMS SELECTOS* indicarme cuantos detalles sepa de la vida de Lois Moran, de las películas que ha filmado, del tiempo que lleva trabajando en la pantalla, y en fin cuantos detalles sepa de su vida? Gracias adelantadas.

65. — *Jeannette* agradecería que desde las columnas de esta revista le mandasen las letras en francés de *Valentin y Luisa*, de la película sonora *La canción de París* por Mauricio Chevalier.

66. — *Rosa de Oloño* desea saber también la letra de una canción que canta Mauricio Chevalier en *La canción de París* titulada *Laise* en español, y la dirección de Bebe Daniels y Buster Keaton (*«Pamplinas»*).

67. — *Un curioso*, desearía saber lo que significa, la marca de películas «Anfas». Igualmente me gustaría conocer los nombres de algunos artistas de esta marca.

68. — *XXX* desearía que algún amable lector me dijese las señas del simpático Manolo Bienvenida.

69. — *La de los ojos negros* desea saber la dirección del artista José Crespo, como también la de Donald Reed y Rex Lease y si estos artistas acostumbran mandar su retrato a las admiradoras que lo solicitan. También agradecería publicaran un modelo de carta para solicitar fotos de los artistas y cuantos sellos hay que mandarles para la contestación.

70. — *Cal-Islo* agradecería infinita al que tuviera la bondad de remitirle la letra de la canción *Díselme mi madre*.

71. — *Augusta* pregunta: ¿Trabajarán Clive Brook y George Bancroft en cintas sonoras?

Cambiaría una foto de Greta Garbo igual a la aparecida en el Album de *FILMS SELECTOS*, por una de Clive Brook.

Tamaño de la foto: postal corriente. [Cuidado que la cambio por una «foto», y no por una postal de huccegrabado]

72. — *Rafael Izquierdo* desea saber cómo se llama en realidad Mona Maris.

73. — *Un admirador de los talites* quisiera saber los títulos de las películas habladas filmadas por Norma Shearer, así como su dirección. Mil gracias anticipadas.

74. — *C. M. P.* desearía saber si puede escribir libremente una novela por entregas

A los que nos piden direcciones de estrellas, les suplicamos vean las listas que publicamos en los números de la revista.

semanales basándose en una película que le ha gustado mucho. Al mismo tiempo quisiere editarla por su cuenta, por lo que quedará altamente agradecido a quien tenga la bondad de indicarle los requisitos necesarios para hacerse editor en dicha clase de publicación o sea por entregas semanales. Si hay algo legislado acerca de dicha clase de editores, agradecerá le indiquen el título del libro y librería donde podrá adquirirlo. Muy agradecido a quien tenga la bondad de contestarle.

75. — *El Conde X* quedaría muy agradecido si alguna de las lectoras o lectores de este semanario se dignase mandarle por medio de esta revista, una lista de las principales películas de Emil Jannings.

CONTESTACIONES

46. — *El médico de los ojos rasgados y Principe Carnaval* contestan a *Compuesta y sin novia*: Jeannette MacDonald ha cantado en el Broadway neoyorquino las más famosas revistas, entre ellas: *Oh Kay!*, *Marjolaine*, *Yes, Yes, Yes!*, *Boom-Boom*, *The Night Boat*, *Tangerine*, etc.

¿Qué hace que no compra anuelos? Porque de ser cierto su pseudónimo ¡qué penal!

47. — *Murillo de los ojos garzos* para *Un beso a media luz*.

Ya que usted ha tenido la amabilidad de pedir mi opinión, voy a complacerle dándole antes las gracias por su atención al mandarme la letra de las canciones de *El Desfile del Amor*.

De Greta Garbo voy a decirle que a mi juicio ella es la mejor vampira del cine y que usted no tiene mal gusto al juzgarla como tal. Basta sólo verla para comprenderlo. Yo he podido admirarla a mi gusto en varias películas demostrándose siempre la gran artista; la enigmática y felina vamp; la que cruza con paso fino y elegante los grandes salones aristocráticos; la que los hombres atraídos por sus verdes ojos, claros y profundos, se han posturado a sus pies para obtener una mirada de estos ojos [los ojos de Greta Garbo].

Sin embargo tengo que objetarle, señor o señorita, que las vamps no son de mi gusto y que prefiero una buena artista ingenua como Esther Ralston o de carácter alegre, como Lillian Harvey, Clara Bow, Dina Gralla, etc., a las vampiras, aunque está no quita que Greta Garbo sea la mejor de todas.

Sobre Esther Ralston voy a decirle que precisamente no es mi mayor preferida; pero que ella es una de las pocas ingenuas escogidas mías y hasta creo que bien pensado sólo tengo dos que sean de mi gusto. Una es Esther Ralston que he admirado su talento en varias películas como *La Venus Americana*, *Los hijos del divorcio* y muchas otras, siendo siempre la maravillosa ingenua. La otra es Oita Paro que sólo he visto trabajar una o dos veces, lo bastante para adivinar en esta estrella (la heroína de *Rapedia Húngara*) su inimitable arte e ingenuidad.

Ahora que ya sabe usted cuáles son mis artistas preferidas y la opinión que de ellas

tengo, espero que la curiosidad que antes demostraba en su demanda quedará satisfecha.

de Catalunya

48. — *Dos morenos y una rubia*, *Sonja*, *El marqués del cochinito*, *Angel Manzano* y *El argentinillo* contestan también a *Dos pollos chis*.

Los films de Lon Chaney, son: *Victima de la ciencia* (su primer éxito), *El terremoto*, *Corazón de lobo*, *La sangre manda*, *Amor de padre*, con Norma Shearer, *El que recibe el bofetón*, con la misma artista, *Hombres de Hierro*, con Phillis Naver, *La casa del Horror*, con Marceline Day, *La novela de un Mujik*, *Los entos del crimen*, *Mr. Wu*, *Ric, pagoso ric*, *Entre losos anda el fuego*, *El jacobino de Nuestra Sra. de París*, *El fantasma de la Opera*, *Maldad enabierta*, *El sargento Malacara*, *En los pantanos de Zanzibar*.

A *Valentin Vega (Triunfe)*: Las artistas que fueran Wampas hebes en 1924 son: Clara Bow, Elinor Fair, Julane Johnston, Dorothy Mackail, Marion Nixon, Alberta Vaughn, Blanche Mehaffey, Carmelita Geraghty, Ruth Hilt, Gloria Grey, Hazel Kener, Margaret Morris y Lucille Rison.

En 1925: Olive Borden, Dorothy Revier, Madeline Hurlock, June Marlowe, Ena Gregory, Betty Arlen, Violet Avon, Ann Cornwall, Natabe Joyce, Joan Meredyth, Evelyn Pierce, Duane Thompson y Lola Todd. A esta última han contestado también *Admirador de FILMS SELECTOS*, *Juan de Arco*, *Burrabax* y *Angel Manzano*.

49. — *Ben-Rur* contesta a *José Montalbán* mandándole muy gustoso el repartido de la película muda de la *Pex El Séptimo Cielo* que es el siguiente:

Diana, *Janet Gaynor*, *Chico*, *Charles Farrell*, *Boul*, *Albert Gran*, *Gabin*, *David Butler*, *Madame Gabin*, *Marie Mosquini*, *Nana*, *Glady's Beckwell*, *El Padre Cheillon*, *Emile Chaudard*, *Brissac*, *Ben Bard*, *«El Rata»*, *George Stone*.

50. — *Valentin Vega (Triunfe)*, comunica a *José Montalbán* que el repartido de *El séptimo cielo* es: *Diana*, *Janet Gaynor*, *Chico*, *Charles Farrell*, *El de Trípoli* es: *El muchacho*, *Charles Farrell*, *La muchacha*, *Esther Ralston*, *El contramestre*, *Wallace Beery*, *El cabo cañón*, *George Bancroft*, *El comodoro*, *Charles Hill Maile*, *Estéfano*, *Johnie Walker*, *Richard*, *Eddie Fetherston*, *Cocinero*, *George Godfrey* (el famoso borsador); la dirección es de James Cruze. *El de Los dos pilloles* es: *Elena Kerlos*, *Margie Hume*, *Carmen*, *Gina Kelly*, *Gia Gelforina*, *Ivette Guilbert*, *Condesa Kador*, *Jeann Mex*, *Ernestina*, *Jane Rolletty*, *Panfan*, *Leslie Shaw*, *Fansen de niño*, *Juan Mercanton*, *Glaudinet*, *Jean Forrest*, *Glaudinet de niño*, *Andree Rolane*, *Roberto*, *Edmund Mathé*, *Saint-Hirze*, *Paul Guidé*, *Cachalote*, *Albert Decaleur*, *Joss*, *Le Kelly*. De la película *En el palacio del rey* tengo el repartido pero no el director. El director de *Mave-Nostrum* es Rex Ingram. *El de El gran desfile* es Klog Vidor. De la película *Miguelita* también tengo el repartido pero no el director. Y por último de *El picudo negro* le digo lo mismo.

A *Mr. Carlos Tampoco*. Que los protagonistas de la película *Los Hissares de la Reina* son Billie Dove y Lloyd Hughes, secundados por Armand Kaliz y Lillian Tashman.

A *A. Ibáñez*: Los domicilios particulares de los artistas son un secreto impenetrable para nosotros los aficionados, pero lo que no ignoramos es la dirección de los Estudios donde trabajan, por lo tanto escriba usted a Bebe Daniels a las siguientes señas: R. K. O. — 780, Gower St., Hollywood (California).

La *chirra de los ojos azules* también ha contestado a esta demanda.

JUVENTUD
ETERNA
USANDO

NIEVE MONT-BLANC

BLANQUEA
Y
ATERCIOPELA

EL DETALLE EN EL CINE

Si se nos preguntara nuestra opinión acerca de qué es lo que en nuestras producciones cinematográficas más falta nos hace, diríamos que, principalmente, el gusto, el cultivo del detalle. Todo arte refinado o, mejor, todo arte al llegar al punto de madurez de su refinamiento, presta mayor atención a la exquisitez del detalle que al aparato del conjunto. Así, más que la trama grande o la presentación fastuosa, es el detalle primoroso, tierno o delicado, el que hierre la sensibilidad del hombre acostumbrado a admirar arte puro. La fama del pintor Fortuny se debiera en mucha mayor proporción a «La Vicaria», que no a los grandes lienzos de grandes asuntos. En nuestra literatura es mucho más grande Azorín, admirador y cultivador del detalle, de la minucia, que Fernández y González, pongamos por autor de novelas grandes... en tamaño.

Así, ahora empieza a mostrárenos el detalle en el cinematógrafo como una de las calidades primeras. Ya en «Los Diez Mandamientos», producción de grandes magnitudes, nos sorprendía y admiraba, en punto a propiedad, más que las vastas y deslumbrantes estancias del palacio del Faraón, más que las multitudes inmoladas al paso del cruel Ramsés... ¡la muñeca egipcia, auténtica, que arrastra, cogida por un brazo, una de las niñas que huyen en el éxodo! En «Monsieur Beaucaire», por ejemplo, ¿cuál de las amplias perspectivas, cuál de las escenas sensacionales de la película tendrá el valor, la gracia, que cierta reverencia no olvidada de Bebé Daniels?

Y en los llamados «trucos» lo mismo: ¿puede darse nada más nimio ni más encantador que el Hada-Luz que intervino en la adaptación cinematográfica del «Peter Pan», de Barrie? ¿Hay algo tan gentil en cinematografía como el momento de «Los Nibelungos» en que Sigfrido corta con su espada una pluma en el aire? Pues todo ello son detalles simplemente...

Detalle son también los expresivos primeros términos. Esos primeros términos nos muestran, sencillamente, el rostro de un artista, su expresión de alegría o de congoja, de amor o de odio, sobriamente manifestado en sus ojos o en su boca. Un detalle en suma. Nada más que un detalle...

Mas ese detalle — ese y todos, naturalmente — es el que falta a nuestra producción nacional, es el que hace que ésta resulte aún insípida para los paladares refinados. Del mismo modo que el poeta novel se lanza invariablemente a la ardua composición del poema épico en cincuenta o más cantos, y el pintor sin experiencia ansía pintar



Lita Chevet y Roberta Gale preparándose a tomar el café en la cima de los «totem poles» que llevó a Hollywood la compañía que filmó en Alaska la película sonora «La herida de plata», de la Radio Pictures.

cuadros de historia, nuestra novel cinematográfica cuya retina está aún por educar para las bellas minucias, sólo atiende a lo que es grande... de tamaño. Mucha acción, mucha tragedia, mucha sangre... Plazas de toros, mujeres fatales... Como ello es, naturalmente, tan falto de realidad vital como de verdadero arte, no hay en ello minucia artística ni real; no hay detalle, en fin.

De ahí que nuestra sensibilidad de espectadores, nuestro gusto de aficionados cinéfilos, no halle nada que le atraiga, nada que le encante y le ate.

Y es que el espectador nacional, educado en la visión de cinematografías ya

en plenitud de refinamiento — tales la noruega, la germana, la americana —, lleva andado mucho más camino en su cultura cinematográfica que el nacional productor. Este se lanza, todavía inconsciente, hacia las cosas grandes... de tamaño, porque aun ignora que en el conjunto de las cosas pequeñas es donde únicamente puede encontrarse lo que de verdad es grande.

María Luz Morales

Los vaqueros

HACE unos días entramos en un cine de barriada. Ni aparato sonoro, ni acomodadores uniformados. El pianista, solitario debajo de la pantalla, tocaba una musiquilla susurrante. Se apagaron las luces y estalló de pronto una ensordecedora gritería.

No hacía falta ver para convencerse de que entre los actores del estruendo no había ninguno que contara más de doce años. La nota aguda de las aclamaciones demostraba que aquellas gargantas no habían llegado aún al período de la transformación.

Al mismo tiempo que las bocas, funcionaban las manos y los pies. ¿Había estallado una revolución infantil? No; era, sencillamente, que en la pantalla había aparecido un vaquero. Allí estaba con su sombrero ancho, sus polainas de cuero y su revólver en la cintura. Apareció también un caballo magnífico y una muchacha de cabellos rubios y ojos azules.



En el transcurso de la película, los alborotos se repitieron. Fué cuando el vaquero saltó desde el caballo al techo de la diligencia en que la joven de mirada azul luchaba desesperadamente con un bandido; cuando se dejó caer del caballo, fingiéndose herido, para dar lugar a que los perseguidores se acercaran confiados, y dió un puntapié a uno, a otro un puñetazo y ahuyentó a los demás con el revólver; cuando... pero ¡bail!, esto no fué nada comparado con lo que sucedió en la última escena.

El bandido se había llevado a la joven a su choza y se disponía a maltratarla, cuando apareció en el horizonte el vaquero al galope tendido de su caballo. Conforme el jinete se acercaba, arreciaba la gritería del público infantil, y llegó a la apoteosis cuando el vaquero echó abajo la puerta, se abalanzó sobre el bandido, le propinó una descomunal paliza y se llevó a la muchacha en brazos para darle un beso entre los pinos gigantes.

Este desfile de simpáticas ingenuidades nos hizo pensar sobre el papel de los vaqueros en el cine. Es posible que en mucho tiempo no volvamos a sentir el deseo de ver una película del Oeste.

Hemos evolucionado con la masa del público y con el cinematógrafo mismo. Preferi-



ces de vida o muerte sonríe; el hombre arrogante y sentimental que sabe enamorar y enamorarse; el hombre sencillo que, aun cuando va a la ciudad y viste de americana, conserva su sombrero ancho y con él el sello inconfundible de su condición de vaquero; el mejor caballista, el mejor tirador de la comarca...

Ahora estas películas sólo se proyectan en los cines baratos, de barriada o de distrito pobre. Y no son nuevas, sino filmadas hace varios años. Segundas ediciones de aquellas que en la adolescencia del cine decoraron con llamativos carteles las fachadas de los cinematógrafos de lujo y eternecieron a más de una damita elegante.

Ahora la damita sonríe con displicencia ante semejantes puerilidades, y Tom Mix sufre el desengaño de la ingratitude femenina. «¡Qué tontería!» Los vaqueros deben de estar muy tristes, allá en sus casitas californianas, viendo el derrumbamiento de un arte en el que pusieron tanto entusiasmo y tanta sinceridad.

Sólo los niños, cuya alma sencilla no sabe de complicaciones artísticas ni de ingratitude, siguen venerando a los vaqueros, y esperan con ansia que aparezca en la pantalla el magnífico escenario del Oeste, donde tantas cosas emocionantes suelen ocurrir. Pero hay que tener muy en cuenta que esas cosas no son sólo emocionantes, sino también ejemplares, porque las hace el vaquero, es decir, el tipo de «bueno» más completo que existe, lo mismo en el cine que en la novela y el teatro.

Por todo esto nosotros votamos contra la desaparición de esas películas del Oeste que, además de deleitar a los muchachos, les dan un magnífico ejemplo de generosidad, nobleza y valor.

José Baeza

mos, por ejemplo, el divertido arte de Mauricio Chevalier. Pero no por eso dejaremos de pensar con simpatía en los vaqueros, que años atrás fueron los mejores amigos de nuestras ilusiones.

Además, ¿no son, acaso, las películas del Oeste el símbolo más genuino del cinematógrafo? ¿No fueron ellas las que hicieron en la pantalla la primera revolución importante, abriendo al cine los amplios horizontes que tiene ahora?

Con esas películas empezó Norteamérica a absorber el mercado mundial de la producción cinematográfica y hoy mantiene una hegemonía que va a ser difícil arrebatarse.

Los vaqueros fueron los primeros en saltar con sus caballos abismos reales donde el artista podía encontrar la muerte al filmar la escena, en lanzarse por la catarata en persecución del bandido, en hacer con el caballo verdaderas y peligrosas caídas, en trepar por la pendiente casi vertical de la montaña rocosa, en deslizarse por entre los caballos desbocados de la diligencia.

El hombre perfecto no existe y el vaquero no puede serlo, pero se acerca mucho a la perfección. Es el hombre fuerte y valeroso que vence a los bandidos contra los que nada puede el «sheriff»; el hombre generoso que se lanza a empresas peligrosas sólo por amor al bien y a la justicia; el hombre simpático que hasta en los tran-





Tres bailarinas famosas contratados recientemente por la Radio Pictures. Marion Weldon, George Ann Garnett y Dot Darling. Foto exclusiva para FILMO SELECTOS

Los rostros mienten

LA naturaleza muy a menudo nos engaña y los rostros saben muy bien mentir. Para todos llega en la vida el momento de descubrir aquel «engaño de la naturaleza» de que habla el profesor Spranger en su voluminosa obra *Psicología de la edad juvenil*. Expliquemos de qué se trata.

Se trata de una experiencia que tarde o temprano todos verificamos; de una experiencia que es un desencanto puesto que consiste en un descubrimiento muy triste por cierto. Un día nos damos cuenta de que en el mundo no todas las cosas bonitas son buenas. Nuestro deseo habría sido poder amar siempre aquello que admiramos y he aquí que la naturaleza nos hace una jugarreta irónica al proponernos tantas cosas a la par bellas y malas. Divididos contra nosotros mismos, podemos cantar como aquella canción cubana: «Te odio... y sin embargo te quiero». Ya comprende ahora el lector de qué se trata. Claro está que este «engaño de la naturaleza» es para nosotros dramático en lo que se refiere a nuestra actitud para con la mujer. Mujeres cuyos atractivos corporales nos solicitan y a las cuales muy a pesar nuestro no podemos ofrecer nuestra simpatía, por cuanto sus cuerpos admirables encubren almas pequeñas para nuestra gran capacidad de amor. Es un hecho indiscutible que

las no guapas — que no hay que confundir con las feas — juegan en nuestra vida un papel más importante que la mayoría de las émulas posibles a las postulantes en Galveston.

Ahora bien; al lado de este mundo polvoriento y real en que vivimos en el cual la belleza es un accidente no siempre amable, el hombre para su solaz ha inventado el mundo irreal, pero limpio, del cine, en donde ha procurado realizar aquel ideal de juntar lo bello a lo bueno. La fealdad ha sido excluida de este mundo o sólo la aceptamos en su significación cómica y pintoresca o bien para procurar una justa aversión en el espectador.

El cine niega aquel engaño a que nos referíamos. Si allí, todas las hermosas no son buenas, todas las buenas no dejan de ser hermosas y las demás, a falta de valores morales, son al menos, psicológicamente hablando, interesantísimas, capaces de provocar grandes pasiones. En cuanto a las realmente malas, algo habla en sus rostros de su maldad. Los traidores, las vampiresas se delatan fácilmente. En el cine los rostros no mienten; son transparentes.

Como estamos saciados de tanta verdad como corre por las calles, nos gusta que a veces nos mientan, y el cine miente a sabiendas. Otras mentiras hay

en el cine, no todas simpáticas precisamente. Hay las que yo llamaría «La alegría del cabaret» y «La espuma del champaña». Pero no hablemos de ellas hoy. Hablemos hoy de esta mentira de los rostros que nosotros queremos negar. El hombre protesta de la crueldad de la naturaleza y edifica el arte que es su sueño dorado. En el cine los buenos son bellos y valientes y siempre triunfan. Y como decíamos, ¿quién es aquel a quien no le gusta que le mientan en esta forma?

Pero he aquí algo serio. No podemos pasarnos toda la vida en el mundo perfecto de la pantalla. Volvemos a la calle y he aquí lo que sucede. El cine nos ha instruido en una ciencia peligrosa. La de preferir lo visible a lo invisible. Ha agudizado en nosotros el sentido de la belleza corpórea. Somos más sensibles que nunca a esta clase de valores y con más agudeza que antes vemos lo ridículo de ciertas deformidades faciales. Nos hemos vuelto exigentes, repletos nuestros ojos de todas las «stars» americanas que representan la selección de las más bellas mujeres del mundo. Y, no obstante, no podemos vivir con ellas, qué digo, no quisiéramos vivir con la mayoría de ellas, pues sorprenderíamos en ellas el «engaño de la naturaleza».

Dejemos a nuestras amistades estelares en la puerta del cine y vivamos con nuestras paisanas en la seguridad de que en ninguna parte del mundo las encontraríamos mejores. J. PALAU

MACK BROWN NO CREE EN EL AMOR... POR CORRESPONDENCIA

por MARIO PALERMO

El receptor de la casa del nuevo galán de la Metro, John Mack Brown, está amueblado de una forma que no parece que estemos en Hollywood. Más bien parece que mi visita sea hecha a un pintor.

Un muchacho alto, fuerte, simpático y de mirada expresiva llega hasta mí. Es el dueño de la casa. Me hace pasar a otra habitación, que es un verdadero estudio. Cuadros de firmas, tapices, armas antiguas, pafuclos de colores, tallas, esculturas, miniaturas y libros.

Yo creo que la casa es el escaparate del talento de su dueño. Indudablemente, Mack Brown es un hombre de gusto e inteligencia despejada. Su estudio lo dice de una forma clara y concisa. Es la casa de un artista que tiene un sentido exacto de las varias manifestaciones del arte.

Nos sentamos cómodamente en unos butacones enanos. Ante nosotros, unos taburetes con incrustaciones de marfil nos hacen soñar, en esta placentera caída de la tarde dominguera, con el lejano Oriente.

Fumamos. Las volutas del humo azul de los cigarrillos rubios nos envuelven, y evocan en sus múltiples figuras algunas cabezitas locas de mujeres que fueron, en algún tiempo, el motivo de la lucha por la vida. Pero el motivo se fue esfumando como el humo. De aquello queda tan poco que, cuando lo recordamos, nos parece ajeno a nuestra pasada vida. El tiempo va borrando las horas felices y las de dolor. Y, sin embargo, es tan corta, que no merece el producir el dolor a los demás para que ellos no nos lo devuelvan, acrecentado, los daños que les tiramos.

John Mack Brown y yo filosofamos en la hora crepuscular de las confesiones. Vamos mirando todo lo que aparece grande en la sociedad, y de fatua grandeza no queda nada. El brillo de los superhombres, es como el brillo de los zapatos; en cuanto llueve, se enlodan y se pierde.

Cigarro tras cigarro, la conversación va tomando un tono de misantropía. Pero como un misántropo es un hombre perdido, le suplico a mi interlocutor que encienda la luz.

Así lo hace.

Me paso las manos por los ojos. El contraste me ha hecho daño a la vista. Renace el optimismo y nos disponemos a hablar.

Mack Brown me ataja:

—No me pida usted datos de ayer. Lo pasado no existe. Miremos siempre hacia adelante, y cuando más, alrededor. No me interesa más que el hoy y el mañana.

—El público va a pensar que en su vida anterior hay algo que usted pretende ocultar — le amonesto.

John, pone una dureza brava en su mirada, como queriendo taladrar mi pensamiento. Yo la resisto, y, esta lucha en silencio, se rompe con una interrogación:

—¿Usted, John, no cree que el pasado existe? — le digo.

—Cuando termina el día, no vuelve — me argumenta.



—Sin sus padres, ¿hubiera existido usted?

—Eso es otra cosa. Además, hoy, no quiero hablarle de mi vida pasada. Es un criterio.

—Respetado por mí — exclamo.

La juventud de este muchacho, un poco indomable, es simpática por lo franca.

Es más agradable esto que una sonrisa fría, envuelta en la mentira.

Para atemperar la entrevista, desvío la

conversación, y, de pronto, vuelvo a la carga:

—¿Cuántas cartas recibe usted al día?

—Una.

—¿Una?

—La de mi familia.

—¿Y de admiradoras? — le pregunto.

—Ninguna.

—¿Qué raro!

—La verdad. Vienen muchas, pero mi secretario las despa-

cha. Unas, piden fo- (Continúa en la pág. 24.)

JUNE COLLYER
de la Paramount

FilmoTeca
de Catalunya



Filmoteca
de Catalunya la Fox



Euro

Las castigadoras de Broadway

Revista-opereta, interpretada por Winnie Lightner, Albert Gran, Conway Tearle, etcétera.

CLARA, Dora, Mabel y Leonor son «señoritas del conjunto» y actúan en una comedia musical en uno de los teatros de Broadway, de cuya compañía es «estrella» Anna Collins. Dora se cree postergada, «incomprendida», y arrastra una vida llena de amarguras...

Todas las muchachas, menos Dora, cuando no trabajan, se dedican a sacar



na alegre, se descubre toda la verdad. El tío tiene ocasión de enterarse de que la que él creía Dora es Clara y viceversa, pero ya no tiene remedio, pues se tequizado por los encantos y la gracia de la supuesta Clara, ha dado su permiso para que su sobrino Jorge se case con Dora..., que es, al fin y al cabo, la que se deseaba y se trataba de demostrar.

Mas no termina con esta boda la aventura, toda vez que el tío decide casarse con Clara, con la auténtica Clara.

Por lo demás, Dora, satisfecho de amor, logra también un triunfo ruidoso en el teatro, escalando de un golpe el primer puesto, al que renuncia definitivamente, pues a ella, con ser la esposa de Jorge... y millonaria, le basta por considerar satisfechas todas sus aspiraciones...

dinero a sus pretendientes, que son legión. Dora, además de su disgusto por ver que no progresa gran cosa en el camino del arte, está enamorada, como una colegiala, de Jorge Lee, heredero de varios millones. Jorge lucha infructuosamente con su tutor para que le dé permiso y poderse casar con Dora, pero el tutor no accede a ello por ser la muchacha una artista de tan modesta condición.

Clara, que se ha tomado siempre mucho interés por Dora, trata, a su vez, de convencer al tutor, que es también tío de Jorge, y para lograrlo, contra viento y marea, traza un plan, un complot...

Este plan consiste en hacer saber al tío y tutor que si no le consiente, por buenas, casarse con Dora, se fugará, por malas, con Clara, ya que Dora no se presta a ello.

Jorge ha de hacer creer a su tío que Clara es una mujer irresistible, una «castigadora» formidable, a la que ni él mismo podría ver y oír sin dejarse conquistar. Y el tío se deja arrastrar a una aventura, en la que las jóvenes cambian los papeles, hasta que al final de una esce-



EL CINE Y LA MODA



JEANNETTE MACDONALD
con dos de los lujosos y bellos
modelos que luce en la pelícu-
la «Monte-Carlo»



*Muy
Antiguo*

y

**Muy
Moderno**

O DOS ESCENAS DE
EL REY DEL JAZZ





Ved aquí una belleza famosa que hasta ahora no ha trabajado para el cine. Es Dorothy Knapp, una de las más celebradas artistas de Earl Carroll's Vanities, la cual recientemente ha sido encargada de importantes papeles por la P. D. C.



Marguerite Choron, actriu de la Fox

En la muerte de una "estrella" del cine español

FilmoTeca
de Catalunya

Peril biográfico de Amelia Muñoz

EN el reducido campo de nuestra cinematografía, Amelia Muñoz representaba, más que una esperanza, una realidad espléndida. Después de su labor en «Zalacain, el aventurero», su prestigio, entre las mediocridades españolas, quedaba afianzado. Amelia Muñoz no tenía ya nada que hacer aquí. París, Joinville—aires internacionales—la reclamaban. La Paramount le ofreció un contrato. El sueño de Amelia empezaba a realizarse. París, primero. Hollywood vendría después. Pero una enfermedad traidora se la ha llevado para siempre, antes de que pudiera embarcar para Irlanda, en busca de la consagración definitiva, buscada tenazmente y tanto tiempo anhelada.

Amelia Muñoz procedía del teatro. En la compañía de la eximia Margarita Xirgu había trabajado desde los doce años. Su padre, el gran primer actor Alfonso Muñoz, hubiera querido, que ella fuese una gran actriz de nuestra escena teatral. Pero Amelia prefería el cine. Y cuando las circunstancias la obligaron a elegir entre el escenario y la pantalla, optó por la última.

A los quince años había recorrido toda España y la mayor parte de los países de habla española, enrolada a las huestes de la Xirgu.

Estando en Cuba, se le presentó, por primera vez, la oportunidad de actuar ante la cámara. Su debut no pudo ser más afortunado. La cinta en que intervino fué «El bandolero», en cuyo reparto figuraban, entre otros que no recuerdo ahora, los nombres de Ricardo Cortez y Pedro de Córdoba. El director era Tom Terris. Y Terris fué el que, satisfecho de la labor que Amelia había realizado en la cinta, le hizo proposiciones para irse con ellos a Hollywood. Pero Amelia no obtuvo el consentimiento de sus familiares y hubo de regresar a España.

Su primera película hispana fué «Una extraña aventura de Luis Candelas». Luego hizo «Los aparecidos», «El dos de mayo», «Zalacain, el aventurero» y «La del Soto del Parral».



Cuando la Paramount instaló sus estudios en Joinville, Amelia fué una de las primeras artistas españolas que se llevaron. Allí filmó «Un hombre de suerte», cuyo estreno en Madrid está próximo, y actualmente trabajaba en otra película, que la muerte ha impedido terminar.

RAFAEL MARTÍNEZ GANDÍA

Madrid

Protagonista
JUAN TORENA
secundado por
ANGELITA BENITEZ
CARLOS VILLARIAS
MARÍA CALVO
Producción FOX totalmente
hablada en español.



Ha habido mucho que en los Estados Unidos de América, donde tantas cosas extraordinarias ocurren, se produjo un hecho que logró conmover e interesar como pocos a la multitud. Un criminal condenado a la horca se negó a descubrir su verdadera personalidad, así como los móviles que le indujeron a cometer el crimen por el cual al mismo se había entregado a la justicia. Se creyó, con fundamento, que el criminal pertenecía a una familia distinguida cuyo nombre no quiso el manchar. Este hecho, comentado por tanta gente que sería palpitar en el más íntimo interés, inspiró a los productores cinematográficos de la Fox la grandiosa película — grandiosa por su intensidad dramática y por su sentimiento muy humano — que, con el título de "El valiente" se presentará ante nuestro público.

El frente de batalla; unas trincheras; unos soldados que luchan y sufren; unas ametralladoras que siembran la muerte; los abusos; los gases asfixiantes; la desolación... Todos los horrores de la guerra, el gran drama universal que sirve de marco y de introducción al drama íntimo, callado y terrible del individuo, al drama que, no por ser individual, deja de contener toda la amargura de las grandes tragedias.

Se firma el armisticio. Los soldados se sienten revivir; están contentos; sueña cada uno en su hogar; cada uno piensa en los que allá, lejos, en la quietud de las aldeas, o en la barahunda de las ciudades esperan, amorosos, al ausente. Solamente un soldado no toma parte en la alegría colectiva. Solo, taciturno, se aleja del ruido y de la risa.

—¿No estás contento? ¿Dónde vas a ir? ¿Quién te espera? — le preguntan sus compañeros.

—No me espera nadie — responde —. Me quedo aquí porque quiero saldar una cuenta vieja, anterior a la guerra.

—¿Pero no tienes familia? — insisten.

—Sí, si tengo familia; pero la

abandoné siendo muy joven para ir en busca de fortuna. Fracase. Es ya tarde para volver al hogar. Me quedo para tomarme la justicia con mi propia mano. Luego...

Luego, cuando ya todos han vuelto a sus hogares; cuando la tierra, después de los años de ruina y dolor, se siente renacer en la paz, un hombre taciturno y triste se presenta a la policía, confiesa y prueba un crimen por el cometido.

Se pone a disposición de la justicia, pero se niega a dar ningún antecedente tido, personal.

—Me llamo Daik — dice, y no quiere explicar más.

Los periódicos hablan del caso, comentan, buscan, publican reportajes y fotografías del criminal.

Allá, en un pueblo de California, una madre inválida, enferma, angustiada por los largos años en que nada sabe de su hijo, lee los reportajes, ve los retratos y en su alma nace un nuevo dolor. ¿Será aquel criminal su hijo? ¿Tendrá que pasar por esta vergüenza y esta pena tan grandes?...

¡Unos retratos se lo recuerdan tanto!... Otros, en cambio...

—Voy a la ciudad, María, hija mía, quiero hablar con él, quiero saber si es mi hijo; quiero salir de esta incertidumbre que me mata.

María, buena y abnegada, se opone. La ciudad está lejos; la madre enferma. Ella misma irá y hablará con el criminal.

—Pero tú no le conocerás — advierte la pobre mujer —. Eras muy niña cuando él se marchó de casa.

—Si le conoceré, mamita, verás. Le recitaré los versos que decíamos juntos siendo niños. Si verdaderamente es Carlos, él los recordará. Iré yo, mamá, y te traeré la certitud de lo que ocurrirá.



La cárcel. El director, interesado por aquel caso misterioso, oye a la joven y le concede permiso para hablar con el preso.

—Si no es su hermano la entrevista debe ser muy corta — le dice.

Maria promete.

La celda. Maria habla con el preso; le dice que quiere llevar a su madre la tranquilidad; que la incertidumbre en que vive es más cruel que la verdad misma; que la inquietud la está matando; que ella le ha prometido averiguar si él es el hermano que desapareció de casa siendo tan joven.

—¿Cómo se llama usted? — pregunta el preso.

—Douglas. Maria Douglas.

—¿Douglas? Este nombre no despierta en mí ningún recuerdo. Yo me llamo Daik. ¿Quería usted mucho a su hermano, señorita?

Maria habla largo de Carlos, del compañero de sus juegos infantiles, del muchacho que se fué dejándolos llenos de tristeza y, en el calor del relato, recita los primeros versos que juntos recitaban. El preso se reconcentra, los oye con fervor.

Maria le pregunta:

—¿Recuerda usted esta poesía? ¿Sabe cómo sigue? ¿Es usted aficionado al verso?

—¡Oh, no! No he tenido tiempo de dedicarme a estas sensiblerías femeninas. Mi vida no se ha prestado para ello.

—¡No es usted Carlos, no! — replica la joven, tristemente —. Carlos recordaría estos versos como yo, mejor que yo misma.

Y se dispone a salir de la celda, como le ha prometido al director.

Pero el preso la detiene.

—Espere... ¡Carlos!... Carlos Douglas. Yo recuerdo ese nombre vagamente...

¿Dónde he conocido a ese Carlos? ¡Ah, sí! ¡En las trincheras!... Señorita, su hermano no fué un criminal, fué un valiente. Le conocí en el frente. Diga a su mamá que su hijo murió cubierto de gloria, que puede estar orgullosa de él, que expuso su vida por salvar la de un compañero que cayó en pleno campo.

Su acto fué heroico. Fué sublime. ¡Su hermano fué un valiente!

Maria ha escuchado el relato emocionada. Su madre podrá vivir tranquila.

—Si, su mamá puede tener la tranquilidad de pensar que su hijo no es un criminal, que no será execrada su memoria, sino enaltecida por el agradecimiento de la patria. Y, si usted me permitiese... yo le daría... Yo no tengo a nadie en este mundo, señorita; acepte este recuerdo para su mamá.



—¿Qué es?...

—No, no lo descubra, ya lo verá.

—Pero yo no puedo aceptar...

—No es nada, señorita; es el último dinero que me queda; no tengo herederos, aceptelo, es muy poco, pero con él su mamá y usted pueden comprarse unas medallas de oro y llevarlas siempre en memoria de Carlos, el héroe que murió en el campo de batalla.

Maria acepta y va a marcharse, apenas por aquel hombre que, en la hora de la muerte no tiene a nadie que le acompañe y que lllore por él.

El preso la detiene de nuevo:

—Quisiera... — pero se arrepiente antes de terminar la frase —.

Nada, nada; váyase y haga feliz a los suyos.

—No, no me irá sin que me diga lo que iba a pedirme.

—Pues bien, sea. Todos los condenados a muerte tienen alguien de quien despedirse. Usted me ha demostrado un interés y una simpatía que no merezco, es verdad, pero yo quisiera, como último favor, que se despidiese usted de este hombre que va a morir.

Un estrecho abrazo, largo, silencioso, une al criminal y a la

(Continúa en la página 74)

MIGUEL FLETA

por FRAY CAN

Pues, señor, vamos a visitar esta tarde, en nombre de Félix Suleiros, al primer tenor del mundo: Miguel Fleta. ¿El primero? Pero ¿no existe Hipólito Lázaro? Terrible volación, terrible dilama entre estos dos primeros espadas, entre esta formidable pareja. Ellos vienen a ser como el Joséillo y el Belmonte del «bel canto»...

Vamos a ver al gran Miguel Fleta. Hombre amable, apenas le hemos pedido cita por teléfono nos ha respondido:

—Esta misma tarde. A las cinco.—

¡Gracias, muchas gracias, señor Fleta! Demasiado se lo difícil que es ver a las «estrellas» — que no es lo mismo que «ver las estrellas» — para no darme cuenta de lo mucho a que me obliga su cortesía exquisita.

Miguel Fleta vive en la Ciudad Lineal. El viaje democrático es en tranvía hasta las Ventas, y de allí en lo que llaman «la maquinilla», especie de tranvía infernal que no llega nunca...

Estos arrabales de Madrid nos sugieren la idea de aquella Rusia de la ante-guerra: estercoleros, mujeres enlutadas, flacas; chiquillos sucios, medio desnudos; ganado... Quieroz decía, lleno de sarcasmo, que en Rusia no había más que aristocracia, y lo demás era ganado y paisaje. Pues bien: por estos arrabales de las Ventas, las gentes viven como animales, y los animales tienen laxitud y tristeza de personas.

El tranvía está lleno de cáscaras de plátanos, de castañas, de cacahuetes, de cojillas. Huele a rebaño humano... Por fin, hace un viraje y se mete en la Ciudad Lineal. Esto ya es otra cosa. La vista descansa de tanta acritud. El tranvía va volcando su miseria: pobres gentes que viven en casuchas de los descampados; trabajadores; jardineros de las villas de este barrio de gente adinerada...

—Esa es «Villa Fleta» — me dice el cobrador.

—Muchas gracias.—

Y me tiro a la carrera. Si tardamos en llegar un poco más a «Villa Fleta» me tiro de todos modos.

—¡TALÁN, talán! — agitamos la campanita (porque no es una campanilla, sino una campana pequeña, casi una de esas campanas de torre que llaman clarillos ¿no se llaman así?)

Salta la doncella. Paso al despacho. Y a poco aparece Miguel Fleta. Aire de buen chico. Su voz — ya sabéis que los tenores tienen voz de adolescente cuando hablan — acaba de completar esa impresión que da su persona.

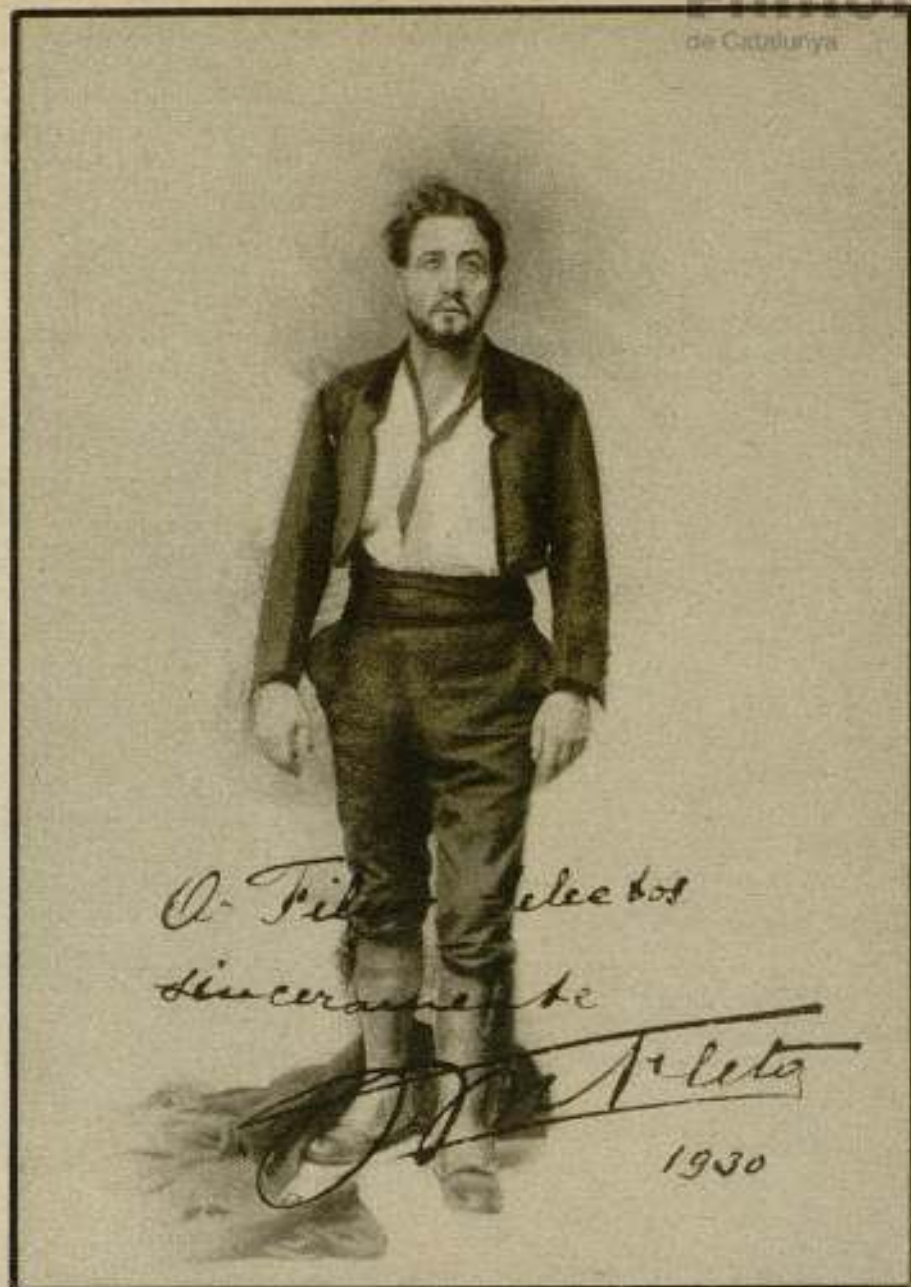
Me indica un asiento. Se sienta él detrás de la mesa. Un momento he curioseando la estancia. Hay en los muros diplomas y títulos que hablan de triunfos y honores. Una gran caja de caudales. Un mueble atestado de carpetas clasificadoras de cartas, todo ello en perfecto desorden...

—Veo que es usted un hombre de orden a medias, Fleta.—

El gran tenor sonríe.

—Esto lo lleva mi tío. Ya sabe usted que el orden es muy difícil en casa de un artista.

—Bueno; pues yo venía, como le dije



a usted por teléfono, a que hablásemos del cine.

—Usted dirá.

—No; usted es el que va a decirme... Porque usted estuvo en Los Angeles no hace mucho.

—Justamente en la primavera pasada. Di varios conciertos en Los Angeles. Estuve en Hollywood, invitado por Bebe Daniels... Es muy amiga mía... Además, otros artistas y directores cinematográficos tuvieron la gentileza de organizar algunas fiestas en mi honor. Lo pasé muy bien. Ahora estamos ultimando los contratos para volver a Norteamérica, a Nueva York.

—¿Probó usted su voz en el cine sonoro?

—Sí. Hice varias cosas. Canté trozos de «Aida», «Carmen», «Rigoletto»... Pero no llegué a ver, ni a oír, naturalmente, ninguna de aquellas pruebas porque me marché en seguida. Así es que no tengo idea de lo que resultará mi voz en el cine sonoro. Tengo, sí, la idea de los discos de fonógrafo, que es lo más parecido...

—¿Le han hecho proposiciones luego para el cine?

—Sí. Me han hablado algunos agentes; pero no he querido decidir nada. Veremos ahora, cuando vaya a los Estados Unidos.

—¿Y aquí, en España? ¿No ha tenido usted proposiciones de empresas españolas para hacer alguna película?

—Sí; me han hablado para hacer «Marina» en el cine sonoro; pero no he visto muy claro el asunto...

—¿Cree usted que «Marina» resultaría en película?

—¿Por qué no? Además, que podrían añadirse a la película nuevos elementos que no tiene la zarzuela. Podríamos ver el pueblo en donde ocurre la acción; el mar; las faenas de los pescadores y los pequeños astilleros... Se vería llegar al tenor en su velero; podría cantar el saludo («¡Costa la de Levante...!») desde lo alto de la nave, a la vista del puerto... En fin: un buen director podría hacer grandes cosas.

—¿Tiene usted fe en las posibilidades del desarrollo del cine en España como industria nacional?

—Mire usted: yo creo que nosotros tenemos capacidad para ello. En España (Continúa en la pág. 24)



NUESTRO VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

POR

Mary Pickford

y

Douglas Fairbanks



(Continuación.)

Cuando me desperté al segundo día, después de nuestra partida de Shang-hai, nuestro buque navegaba ya en el golfo, sin ningún género de duda, uno de los más bellos del mundo. Durante varias horas navegamos por allí, a veces pasábamos tan cerca de tierra que casi podíamos ver la cara de la gente de los pueblos costeros, entonces en medio de la ancha extensión del brillante azul del agua y con las cordilleras apenas discernibles por la distancia. Cada vista del paisaje, si incluía un barco de vela típico de allí o un islote lleno de árboles, es de una belleza encantadora. Mi primera impresión del Japón no pudo ser más hermosa.

No sentía la impresión de que visi-

taba el Japón por primera vez, quizás porque en otro tiempo hice los posibles para imaginarme una muchacha japonesa, cuando hice una versión cinematográfica de *Madame Butterfly*, pero la belleza del paisaje que entonces atravesábamos, sobrepasó a todo lo que había imaginado, y lo mismo le sucedió a Douglas.

Poco antes de mediodía (habíamos pasado los estrechos de Shimousaki al amanecer) oímos el zumbido de un aeroplano. Subimos precipitadamente a cubierta, para verlo, y era un aeroplano mandado por el gobierno japonés, para darnos la bienvenida al Japón. Era la segunda vez que este honor era acordado a viajeros extranjeros. La primera vez

fué al Duque de Gloucester, tercer hijo del Rey de Inglaterra. Durante media hora, el aeroplano evolucionó sobre el buque, en algunas ocasiones volaba tan cerca del mar que estaba a nivel de la cubierta del buque.

Douglas trepó en la batandilla y agitó una bandera japonesa a modo de saludo a los aviadores en agradecimiento a su cariñosa salutación, mientras las máquinas de una serie de periodistas y operadores de revistas nos retrataban.

Eran las cuatro de la tarde, cuando el Asahi Maru llegó a Kobe. Canoas y lanchas decoradas con banderas e inscripciones de «Bienvenidos Douglas y Mary» nos tuvieron en cuarentena. Algunas de las canoas llevaban bandas y en una había cuarenta cameramen y

Japón. — Una calle típica del barrio de los teatros.

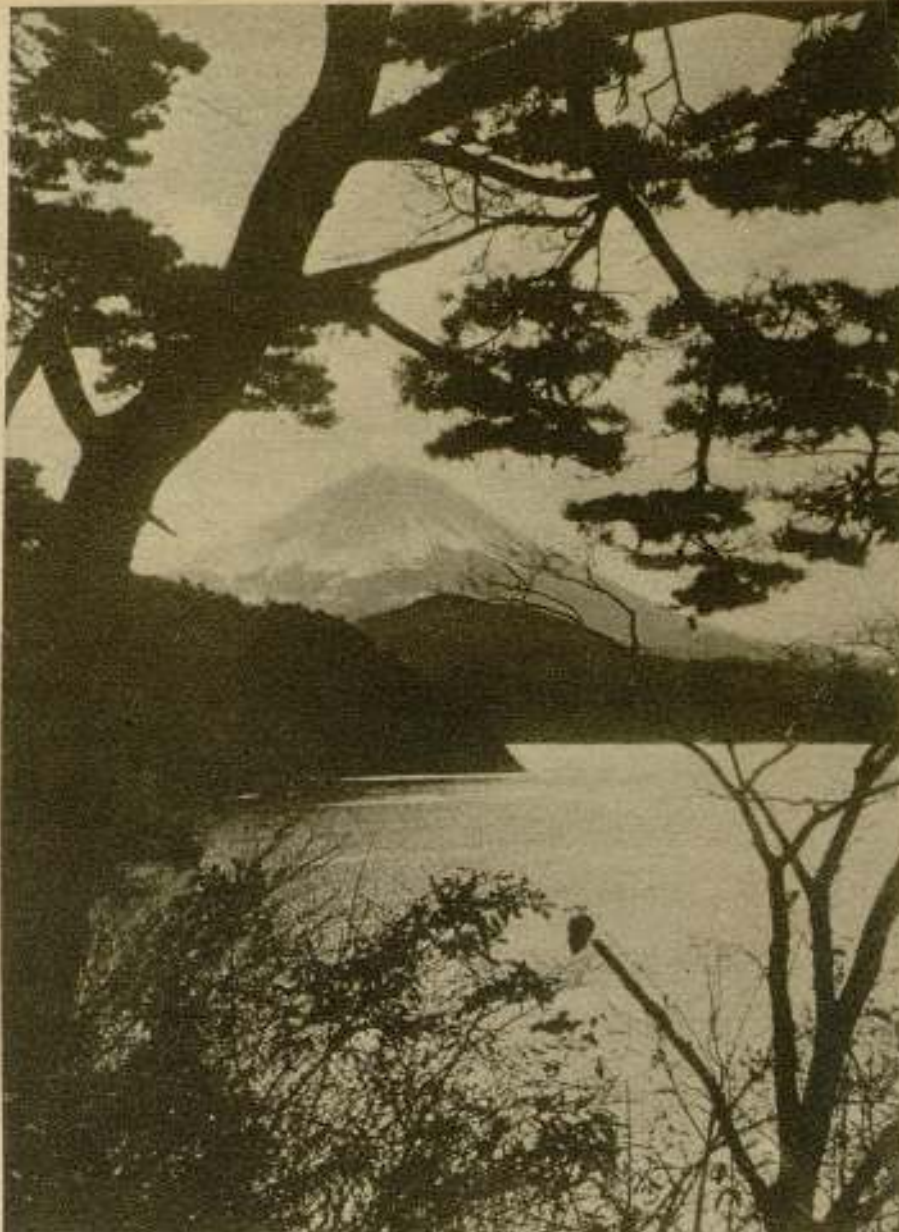


reporteros. Recorrian nuestro buque con los oficiales y doctores, y Douglas y yo fuimos rodeados por ellos en el comedor donde habíamos ido para completar las formalidades de desembarque. Las luces de magnesio, hacían explosión por todos lados; era en vano que los oficiales protestaran pues el humo podía estropear el costoso decorado del comedor del buque, los cameramen continuaban como si tal cosa hasta que tuvimos que subir a cubierta pues allí ya no se podía respirar. Allí a cubierta, persistían en refutarlos desde todos los ángulos como tenaces estos cameramen japoneses sobrepasan a los de todo el mundo. Cuando nos refugiáramos en el ferrocarril, se subieron al techo del vagón para fotografiarnos. Eran insaciables.

Desde el ferrocarril pudimos ver que el muelle estaba lleno de gente. Más de diez mil hombres, mujeres y niños se amontonaban por las calles.

Los periodistas japoneses que habían subido a bordo, nos dijeron que era la más grande multitud que se había visto en Kobe para ir a recibir a nadie, una afirmación que aceptamos con reservas pero que más tarde comprendimos era sincera, pues la multitud en el muelle era tan grande, que la policía era incapaz de abrirnos un paso para poder llegar a los automóviles en los que debíamos ir a Osaka, donde se había organizado una serie de recepciones en honor nuestro. La policía montada espantaba con sus caballos a la multitud para abrirnos paso, pero era en vano. Por fin Douglas, decidió desembarcar por la plancha de proa, lo que hicimos, pero al llegar al coche la multitud se nos echó encima. Nos precipitamos dentro del coche, pero la multitud estacionada a su alrededor era tan grande, que no podíamos movernos. Unos se subían a los estribos, otros en los guardabarridos y otros se subieron encima. «Doug, Doug» gritaban y golpeaban los cristales tanto que temí no quedara uno entero. La policía no podía despejar la multitud y tuvimos que permanecer allí más de una hora, sin atrevernos tan siquiera a bajar los cristales para renovar un poco el aire, pues todos querían tocarnos y estrecharnos la mano.

Por fin vinieron más refuerzos de policía, y consiguieron que nos desajen un poco de paso, pudiendo así adelantarse aunque con extremada lentitud. Unos



El Fujiyama, montaña sagrada del Japón.

cuantos policías iban ante el auto y otros empujando hacia un lado a la gente pero se necesitaron más de veinte minutos para poder poner el motor en marcha. Por miedo de hacer daño a alguien, decidimos detenernos en el Hotel Oriental en Kobe, en vez de llegar hasta Osaka. Una vez en el hotel nos precipitamos por el pasillo. Tuvimos la suerte de que el ascensor estaba con la puerta abierta y cerrándola precipitadamente pudimos llegar al tercer piso donde nos refugiáramos en una de las habitaciones.

Cuando llegamos al hotel hacía más de dos horas que habíamos desembarcado, y en vista de lo sucedido aconsejé a Douglas nos quedásemos hasta entrada la noche, pero cuando supimos que en Osaka había varios centenares de policías que patrullaban por las calles, y que en las aceras de las cercanías de donde debíamos ir había cordón de policía, decidimos ir, pues teníamos pensado pasar la noche en Kyoto a una hora de tren de Osaka. Douglas estaba empapado de sudor, pero después de haber tomado una ducha dejamos el hotel por la puerta del servicio dirigiéndonos a Osaka escoltados por la policía montada y de calle.

El viaje al Mar-
chester del Japón,
que es como se le
llama a la mayor
ciudad del Imperio,
se ha descrito ya va-
rias veces, pero fue
para nosotros una re-
velación. El camino
muy bien alumbrado,
estaba edificado en su mayoría y ha-
bía gente que nos vi-
toresaba al pasar por
allí. Pordondequiera
que íbamos teníamos
que detenernos por
el tráfico, y nuestro
auto se veía rodeado
de entusiastas mu-
chachos que proba-
ban de estrechar la
mano a Douglas.
«Banzai Doug, Ban-
zai!» exclamaban.
Nunca habíamos te-
nido una recepción
semejante; para
creerlo era necesario
verlo.

En Osaka, la po-
licía escarmentada
de lo sucedido en Ko-
be, se situó en pun-
tos estratégicos para
dominar mejor a la
multitud que estuvo
esperándonos duran-
te tres horas.

Primeramente vi-
sitamos el Mainichi
y después el Asahi,
los dos principales
periódicos del Japón,
donde fuimos pre-
sentados por los pe-
riodistas e hicimos
breves discursos
desde los balcones a
la multitud. En el
Asahi la presenta-
ción tuvo lugar en
un vasto salón donde
hablamos el japonés
por primera vez,

pues habíamos aprendido a decir «domo
ar ato» que quiere decir gracias, y «sa-
yonara» o sea adiós.

Queríamos también visitar el Oshashi-
za, el principal cine de Osaka, pero la
multitud que aguardaba a la puerta del
cine era tan numerosa, que por un mo-
mento temí una repetición de lo sucedido
a nuestra llegada a Kobe, pero, por fin,
la policía pudo abrirnos paso.

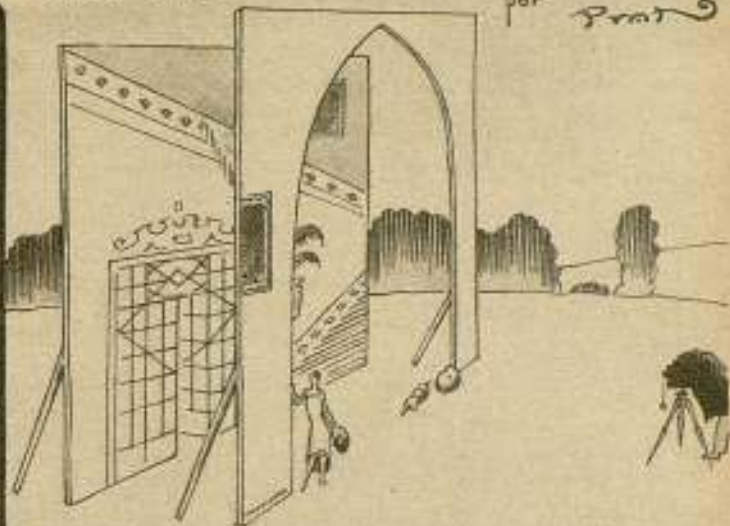
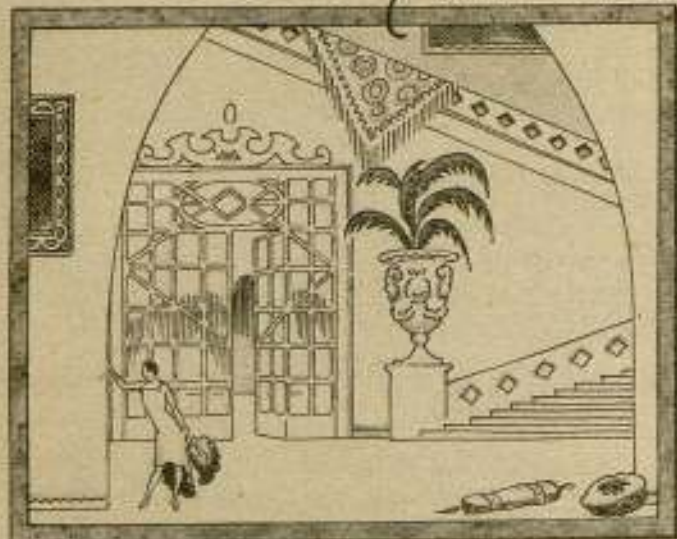
Perdimos el tren que con un vagón
especial debía llevarnos a Kyoto; y para
evitar la multitud en la estación, nos
paseamos por las tranquilas calles de la
gran ciudad (Osaka tiene más de dos
millones de habitantes) hasta que to-
mamos el tren de las diez cuarenta
hacia la vieja capital del Japón.

Si hubiésemos sabido lo que nos es-
peraba a nuestra llegada a Kyoto, no
nos habríamos apeado del tren. En los
varios años que hace que viajamos por
las diversas partes del mundo sabemos
ya lo que es ser apretujado por la mul-
titud, pero en Kyoto fue lo más terrible
que hemos encontrado. Fue casi mila-
groso que escapásemos con vida, que-
dando sólo heridos seriamente. Sólo los
esfuerzos sobrehumanos de Douglas,
Chuck, Lewis, y Edmund Benson, me
salvaron de una
muerte cierta.

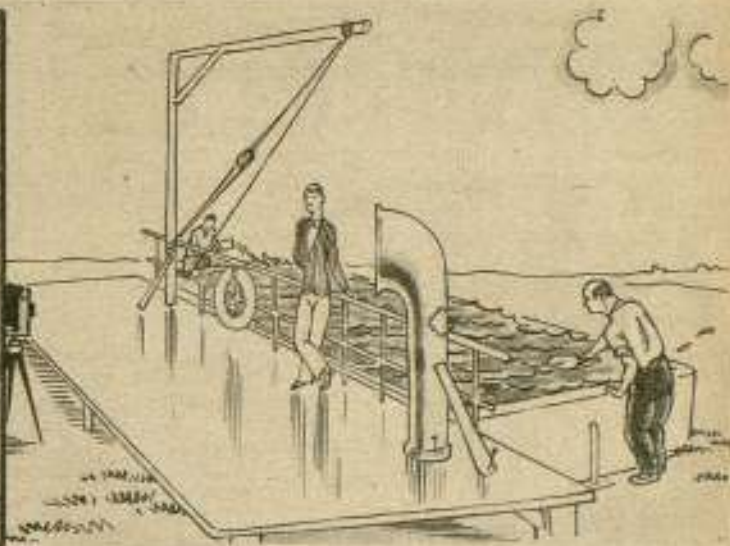
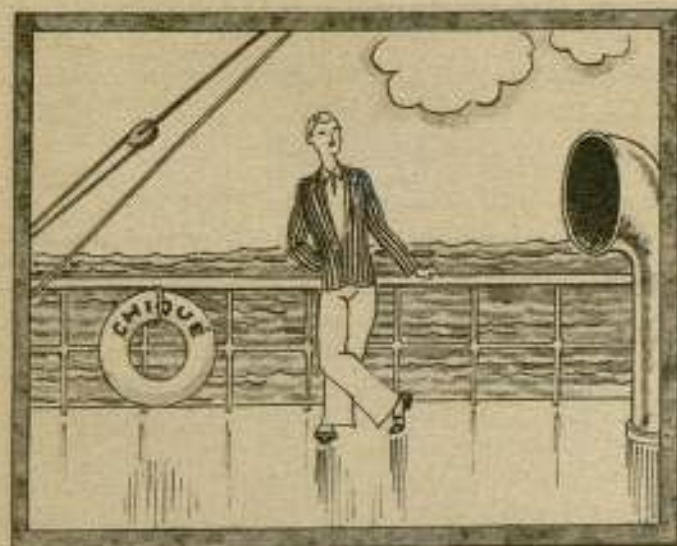
(Continuad)

COMO VIVEN LOS ASES

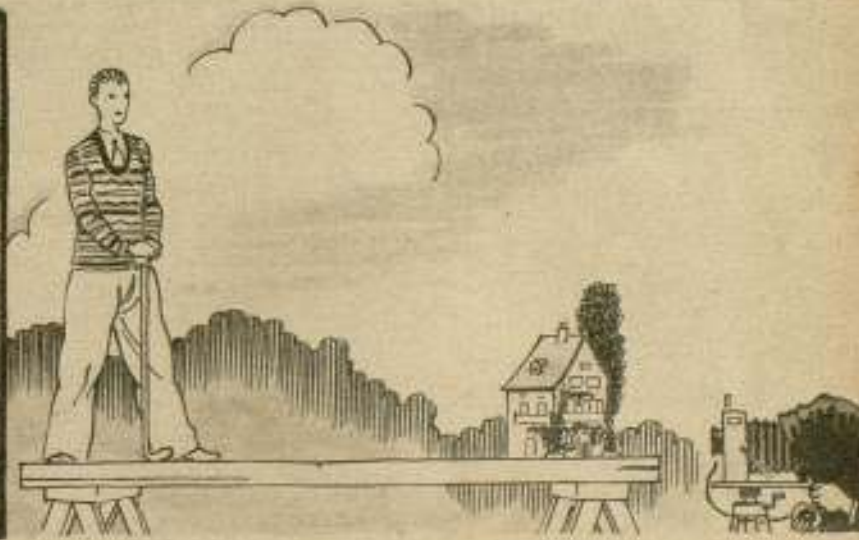
por *P. M. T.*



La simpática Nina Blatinan vive en un soberbio palacio ofrecido por un grupo de admiradores que quieren arruinarse a causa de este regalo.



El hijo del elemento femenino, Narciso de Widdow, viaja todo el año en un magnífico yacht y se ocupa actualmente en hacer estudiar la manera de ensanchar los océanos.



El adorable Kosmo Tichko, sólo para ir a merendar, posee en el campo una deliciosa villa que se ha hecho construir solamente con las gresinas.

El deseo de todo aficionado al Cine



es poseer las fotografías de todos los Artistas Cinematográficos conocidos. Vd. puede fácil y económicamente coleccionarlos comprando semanalmente

"LAS ESTRELLAS DEL CINE"

8 ARTISTICAS POSTALES 30 CTS.

En cada colección regalamos un suplemento literario con las interesantes biografías de los 8 artistas publicados en la misma.

Están puestas a la venta las cuatro primeras colecciones y también un

Magnífico Album para 200 Postales: 2 Ptas.

En todas las papelerías y kioscos. Enviamos franco portes estas colecciones y Album remitiendo su importe en sellos de correo a Editorial Gráfica, Rambla Cataluña, 66 Barcelona

MACK BROWN NO CREE EN EL AMOR POR CORRESPONDENCIA

(Continuación de la página 29)

fotografías con mi autógrafo; otras, detalles de mi vida; y otras, recomendaciones para ingresar en algún estudio cinematográfico.

—¿Y de amor?
—El amor es una cosa personal. Yo no creo en el amor por correspondencia.
—De las misivas puede surgir el gran amor — le indico.

—Yo tengo mi opinión — afirma Mack Brown —. Creo, firmemente, que el cariño lo inspira la presencia de la mujer, y lo consolida su trato.

—Pero una fotografía!...
—No. Una fotografía es lo mismo que una rosa cortada del rosar; dura poco su lozanía. En cambio, una mujer en persona tiene tantos matices encantadores.

—Y, ¿cómo lo sabe?
—Lo he aprendido por correspondencia — advierte John, soltando una carcajada.

—Es usted un humorista.
—Soy un observador.
—Experimentado.

Y con mi experiencia parezco viejo a mis veintidos años.

—Este dato es muy interesante para la entrevista.

—Me alegro. Así no saldrá descontento de esta su casa.

—Al contrario: encantado y agradecido a su benevolencia.

—¿Dígame algo más! — le pido.
—Quizás otro día. Hoy hemos hecho una entrevista, que no se parece a las corrientes, y eso no es poco.

—No hay las datos biográficos, pero con los psicológicos se puede formar su personalidad, que es todo un carácter.

—Hoy he querido ser original.
Despedida afectuosa. **MARIO PALERMO**

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

Radio Fletares Studios, 780, Gower Street, Hollywood, California

Buzz Barton	Frankie Harro
Sally Blane	Richard Dix
Olive Horden	Bob Steele
Betty Compson	Tom Tyler
	Rebé Daniels

MIGUEL FLETA

(Continuación de la página 29)

hay mucha gente que vale, que sabe hacer las cosas. Pero nosotros hemos dedicado muy poco tiempo al cine y muy pocas pesetas, mientras que los yanquis le han dedicado muchos años y muchos millones de dólares...

Ha llegado el momento de buscar un retrato para FILAS SELECROS. Fleta me da a escoger. Yo le digo:

—Somos el país de los mejores pinto-

niña con una fuerza extraña y dolorosa. Los pechos quieren gemir. La voluntad domina la emoción.

Maria se va, apenada y feliz. Lleva la dicha a su hogar, la tranquilidad a su madre, el amor al novio que allá quedó desasosegado e inquieto por la andanza de la novia; pero tras de sí deja una tragedia grande, amarga, silenciosa, capaz de ser sobrellevada únicamente por un valiente.

¿Quién es el verdadero héroe, el de las trincheras o el de la silla eléctrica?

«EL VALIENTE», así, todo en mayúsculas, les dará la solución del enigma.

COQUETERÍA

Hay una coquetería peligrosa y otra que es una virtud. Esta última es la que la Condesa Drillard enseña en los consejos, recetas y datos de su aristocrática obra

Para ser elegante - Para ser bella

Remita cuatro pesetas a la Administración de **El Hogar y la Moda** y la recibirá sin otorgasto a vuelta de correo.

Diputación, 211, Barcelona
Valverde, 30 y 32, Madrid

res. Siempre lo hemos sido. Por eso es tan difícil encontrar en España un buen fotógrafo. En cualquier barrio de fuera (ya usted lo sabe) nos hacen una fotografía, y es excelente. El cine es arte fotográfico...

Fleta sonríe. Se ve que no puede opinar sobre el caso. Yo sí puedo opinar. Ventajas de no ser «estrella», de no ser más que un pobre frutecillo lego...

Un apretón de manos para la despedida.

—¿Qué? ¿Usted lo pasa bien aquí en este retiro?

—Muy bien — responde el tenor —. La casa es amplia, tiene un gran fondo de jardín; estudio por la mañana; bajo al jardín... Tengo dos chiquitines, mi mujer... ¿Qué puedo echar de menos?... ¡Vivo encantado!

—¿Cómo se conoce — le digo — que no tiene usted que venir en tranvía!

Fleta lanza una carcajada. A seguida dispone:

—¡A ver, el coche!

Estamos ya en la terraza de la clara mansión. Tarde fina de otoño... Ya está el coche ahí.

—A ver. Con el señor, adonde le diga.

—Adiós, Fleta. V gracias por todo.

Realmente acabo de gozar un lujo de millonario — pienso, mientras me hundo en el asiento —. Durante cerca de una hora he estado escuchando para mí solo la voz de Fleta, esa voz que cobra miles de duros por cantar una romanza. Claro que no ha cantado; pero ¿dejaría de ser su voz, es decir, su tesoro, lo que me ha ofrecido en su charla franca de buen baturro?

FRAY CAN

esa era la razón que explicaba, también, el hecho de que Miles viviese en su estudio. Con todo ello se tendía a que el mundo no supiera nada hasta que llegara a ser del dominio público la «verdad» acerca del viaje en yate. Mientras tanto, la señora Sheridan pasaba por esposa desdénada y su actitud pensativa armonizaba muy bien con sus trajes de color.

Volvió el rostro, que no había cambiado mucho durante siete años, desde que Teresa Desmond lo contempló desde la ventana de «La Luna Azul». Y si su color no sufrió alteración, en cambio sus facciones eran algo distintas, porque Isabel corrió el terrible peligro de engordar y por esta razón se sometió a una dieta y a un tratamiento médico tan violentos, que sus mejillas perdieron su redondez. Esto contribuía a que casi pareciese tener veintiocho años, pero también la hacía más interesante y muy parecida a esos tipos que se platan en las cajas de bombones. Su cabello era dorado como siempre y aun tal vez más que antes, y sus ojos, azul turquesa, habían ganado en expresión gracias al oscurecimiento de las pestañas y las cejas.

Tal vez una famosa señora de la Quinta Avenida habría podido decir a qué se debían todas estas mejoras. En realidad, Isabel se dirigía a casa de esta última en aquel momento y salió de Greenwich con el propósito de ir a visitarla. Al menos esta fue la excusa que dio a su amiga.

La señora Sheridan sonrió y saludó complacida a Phillips, mostrándole sus hoyuelos y un alegre movimiento de cabeza que cultivaba con el mayor cuidado; luego el tráfico les permitió avanzar y los dos automóviles se perdieron mutuamente de vista.

«Aun esa Julieta Divina es mujer más digna que Isabel Sheridan», pensó Hartley Phillips.

— Mira como si quisiera morder. Es un hombre odioso — se dijo Isabel.

Y se preguntó si Phillips tendría algo que ver en los preparativos del

viaje marítimo acerca del cual Miles le escribió unas cortas líneas.

En ellas le decía:

«Voy a emprender un crucero por el Mediterráneo. Iré acompañado. Más tarde conocerás detalles y podrás obrar de acuerdo con lo que te parezca mejor.»

Nada más que esto, pero entre ambos había ocurrido lo suficiente, antes de separarse por completo, para que ella pudiera estar segura de que su esposo iría acompañado por una mujer. Preguntóse quién sería ésta, si bien su pregunta era debida a la curiosidad y no a los celos. Era probable que se tratase de una mujer muy conocida. Y resultaría divertido oír los comentarios de la gente cuando se hiciera público el suceso. Isabel sentía impaciencia acerca del particular, porque entonces tendría la oportunidad de vivir, de vivir, en realidad. Se sentía muy feliz, le interesaba mucho la vida y la dejaban indiferente las tontas miradas de odio de Harley Phillips.

Este tuvo que hacer en Washington aquella noche y al día siguiente. Como era posible que no tuviese oportunidad para celebrar una entrevista reservada con Miles Sheridan antes de que zarpase el yate, le dirigió algunas líneas y por medio de un mensajero las mandó al estudio.

«He ido al edificio Ardlamont y conseguí ver a J. D. Por fortuna está ya buena y la llevaré a bordo pasado mañana, a las once. Quise explicarle algunos detalles de tu programa para el viaje, pero no me fué posible, porque estaba muy susceptible y me pareció más prudente dejar que se enterase de todo después de zarpado. Está decidida y no desea más que ganarse la suma prometida. Su último capricho es representar el papel de ingenia. Lo hace muy bien, aunque no logró engañarme. Espero que tampoco te engañará a ti. Tuyo, H. P.»

camarera dijo a Teresa que convendría que hablase por el aparato imitando en lo posible la voz de *madame*. Pero la joven palideció de miedo. Miles Sheridan no había visto nunca a Julia ni tampoco la oyó hablar, de modo que el fingimiento sería bastante más fácil con él. En cambio, la cosa era distinta con respecto a Hartley Phillips y deseaba evitar la ocasión de verle o hablarle. Por esta razón indicó a Emmeline que volviese al aparato y contestase en su lugar.

Obedeció la doncella diciendo que al entrar en el cuarto de *madame* observó que se había marchado, lo cual, según se apresuró a añadir, probaba que su señora estaba ya muy bien.

Por la tarde, a cosa de las cinco y media, sonó el timbre de la puerta. Hacía ya días que eso no había ocurrido, porque se comunicó a todos los amigos de Julia que ésta había salido de la ciudad para pasar en el campo su convalecencia.

Emmeline estaba ocupada, en aquel momento, en probar a Teresa un traje demasiado grande para ella, y dejando la prenda sostenida por medio de alfileres, acudió a la llamada. Sus grandes ojos se abrieron en extremo al ver a Hartley Phillips, e involuntariamente hizo un movimiento como para impedirle el paso.

Mas el visitante se apresuró a penetrar en el *kali*.

— Quiero ver a la señorita Divina — dijo.

— Ha salido, señor — contestó Emmeline mintiendo.

— En tal caso, esperaré a que vuelva — insistió él —. Esta farsa ya ha durado demasiado. Dentro de tres días saldrá el yate, y es preciso que la señorita Divina me demuestre que se halla en Nueva York y en buen estado de salud para emprender el viaje. De lo contrario, no hay nada de lo dicho y buscaré a otra persona que la reemplace. —

CAPÍTULO XV

ENTERE usted, señor — dijo humildemente Emmeline al oír estas palabras. — *Madame*, es decir, la señorita Divina, me ordenó contestar que no está en casa, pero en realidad está. Voy a ver si quiere recibirle.

— Dígame usted lo mismo que acabo de comunicarle — replicó Phillips con severidad, siguiendo a la camarera a la puerta de un salón, en donde Julia solía recibir a sus amigos.

La estancia era muy bonita, si bien tenía un aspecto poco acogedor, porque todos los muebles estaban cubiertos de fundas.

Phillips no quiso sentarse para esperar, sino que iba de un lado a otro, con la mayor impaciencia, mirando, muy irritado, los cuadros rodeados de marcos carísimos y fijándose con expresión de burla en la falta de gusto de Julia.

— Es una mujer vulgar como su

alma — murmuró —. Y si no se presenta dentro de cinco minutos, me marchó. Esto se ha acabado. —

Pero se presentó antes de un minuto. La joven tenía una figura esbelta y pálida y llevaba un traje sencillo y negro. Era mucho más hermosa de lo que él recordaba, y una contradicción viviente de las ideas que ocupaban su mente. Phillips sintió que se calmaba su cólera. Tal vez no había querido engañarle y quizá estuvo enferma. Era evidente que el aspecto de la muchacha parecía más etéreo y joven que cuando la vió en otra ocasión.

A Teresa le palpitaba con fuerza el corazón. Emmeline acudió rápidamente junto a ella y le arrancó el traje que le estaba probando. La joven sintió que la abandonaba su valor ante la necesidad de ponerse frente a frente de Phillips, pero Emmeline, que había de recibir una buena parte de los veinte mil dólares si todo mar-

chaba bien, le advirtió que la situación era desesperada. La señorita debía ir a ver a aquel caballero o, de lo contrario, se perdería todo. Además, era preciso que acudiese cuanto antes, pues no estaba de humor para esperar. Entonces Teresa se puso de nuevo el traje negro, persuadida de que ninguno de los de Julia se acomodaría tan pronto a su persona.

Emmeline temblaba a causa de la necesidad de que su pupila tuviese que salir al encuentro del señor Phillips vestida con un traje tan ridículamente sencillo, pero eso era preferible a que se agotara su paciencia.

— Ya empezaba a creer que nos había plantado usted — dijo Hartley Phillips, aunque en tono menos duro del que se propusiera.

Se quedó esperando alguna respuesta picante, pero la joven no contestó, de manera que Phillips se dijo que, de no haber sido Julieta Divina, podía creer que estaba asustada. Mas como no era posible asustar con tanta facilidad a la «Muñeca del Millón de Dólares», empezó a creer que había algo misterioso en la conducta de aquella mujer.

— ¿Por qué no habla usted? — preguntó.

— Porque no sé qué decir — confesó Teresa.

— ¿Y no puede usted explicarme, siquiera, el por qué se ha negado a recibirme una docena de veces? Ya comprenderá usted que deseo que me diga la verdad, de manera que no se moleste en inventar lindas mentiras, señorita Divina.

— Yo no intento nunca — contestó Teresa con la mayor sequedad.

— Estoy convencido de ello, mi querida niña — replicó Phillips echándose a reír.

Teresa se sintió ultrajada al notar que aquel hombre trataba a Julia, según creía, con tan poco respeto. En defensa de su hermana debía protestar, y por eso una mirada de la humilde, pero obstinada, María Desmond, vino a endurecer el rostro juvenil de su hija.

— Tan sólo las personas mal educadas son capaces de hablar así al

dirigirse a una mujer — dijo con firmeza.

Hartley Phillips se quedó anonadado y asombrado a un tiempo. Aquella muchacha hablaba como pudiera haberlo hecho una niña, y el chasco era tan evidente, que aunque quiso reírse no se atrevió. Comprendió que las cosas habían cambiado y que él, que llegaba resuelto a dirigir reproches, era quien los recibía.

No podía negarse que eso obedecía al deseo de la joven de hallar una excusa para que él rompiera el trato. Pero aunque Phillips había amenazado con buscar a otra mujer, de sobra le constaba que no encontraría quien, como Julia, respondiese tan bien a las necesidades del caso.

— Le ruego que me perdone — dijo con la mayor seriedad —. Retiro mis palabras, que no he pronunciado en son de burla, y espero que usted convendrá en que tengo motivos para estar ofendido. Ya comprenderá que me sobran razones que me hicieran sospechar que usted se había marchado de Nueva York, dejándonos en la estacada.

— Soy incapaz de semejante cosa! — exclamó Teresa.

Su rubor pareció una obra maestra a Phillips, quien se dijo que no podía ponerse bastantes polvos para evitar que se advirtiese.

— Siempre he creído que es usted una buena muchacha — dijo —. Y me alegro de haber opinado así. Sin embargo, no está usted desmejorada, sino que, por el contrario, parece diez años más joven que cuando la vi por última vez.

— ¡Oh, espero que eso no será verdad! — exclamó Teresa sonrojándose más que antes y sintiendo los ojos llenos de lágrimas.

Phillips se echó a reír y continuó:

— Va comprendo la razón de su susto. Antes no parecía tener más de veintión años y si ahora le quito diez, la convertiré en una niña de once. Estoy un poco torpe. Pero todo eso importa poco, toda vez que se halla usted bien y dispuesta a cumplir lo pactado. Así, pues, pelillos a la mar. Quería convencerme de que está us-

ted bien y en situación de cumplir lo convenido. También he venido a comunicarle que dos horas antes de zarpar el «Silverwood» vendré a buscarla para acompañarla a bordo. El señor Sheridan no puede ocuparse en hacer eso. Supongo que a usted no le importará.

— ¡Oh, nunca me figuré que viniese a buscarme! — exclamó Teresa.

La «Muñeca del Millón de Dólares» mostrándose humilde! Phillips se maravillaba a cada momento al observar las nuevas particularidades del carácter de aquella mujer. Pero a cada una de sus sorpresas se decía que ello no era más que un detalle del papel que la joven representaba. Ella se limitaba a ensayarle ante él, para darse cuenta del éxito que, tal vez, podría alcanzar más tarde con Sheridan en el papel de ingenua. Phillips decidió avisar a Miles, quien, a juzgar por el trato que daba a Isabel, era bastante blando con las mujeres.

— Pues entonces todo va bien — replicó Phillips con acento alegre.

Luego continuó hablando para dar sus instrucciones a la señorita Divina. Iría a verla a las diez de la mañana, dos días más tarde, y llegaría en un taxi, porque su propio automóvil estaba en reparaciones (Julia habría comprendido que eso no era cierto y que sólo deseaba no ser visto al realizar aquel acto de amistad en favor de Sheridan). Llevaría también otro taxi para el equipaje, y Julia podría transportar a bordo cuanto quisiera, dentro de los límites razonables; y terminó diciendo que el yate saldría a las doce.

Teresa le dio las gracias por todo y Phillips se quedó asombrado al notar que no le dirigía ninguna agudeza atrevida y ninguna palabra irónica. Representaba su papel a la perfección. Eso le complacía mucho más de lo que al principio pudo figurarse, y mentalmente aplaudió la astucia y la inteligencia de aquella muchacha. También se quedó muy satisfecho de su propia inteligencia, diciéndose que no se había dejado engañar.

A causa del mucho tráfico que había entre la Quinta Avenida y la

Calle Treinta y Cuatro, tuvo que detener su automóvil, y en aquel momento una limousine muy pequeña y de color rojo se introdujo en un pequeño espacio que había junto a su propio automóvil. Phillips reconoció en el acto el vehículo y dirigió una mirada disimulada a su ocupante, que no era otra que Isabel Sheridan.

Miles era el único ser humano a quien Phillips quería de verdad, por lo que su amistad con el esposo le inspiraba enorme antipatía hacia Isabel. Y desde su enorme automóvil miró ceñudo el más pequeñito que tenía al lado, proyectando activas ondas de algo semejante al odio, en dirección a la encantadora figura exquisitamente vestida de color malva, que armonizaba muy bien con el tono de la pintura del automóvil. Gustoso habría observado la destrucción completa del pequeño vehículo, sin que Isabel se librara de la catástrofe.

Si aquella mujer muriese, Miles no tendría ninguna necesidad de representar tan horrible comedia a bordo del «Silverwood», con objeto de cargar sobre sus hombros la culpa que, en realidad, correspondía a su mujer. Phillips no podía pensar con tranquilidad en el futuro que esperaba a Isabel Sheridan gracias al sacrificio de Miles. Su divorcio le permitía casarse con el hombre que la había seducido, es decir, con el príncipe de Salvano. Y Phillips se habría alegrado mucho de no encontrarla.

Como si aquellas ondas de odio hubiesen llegado a la persona a quien estaban destinadas, dándole una sacudida eléctrica, Isabel volvió la cabeza y miró en línea recta a Hartley Phillips antes de que él pudiese desviar los ojos, fingiendo que no la veía. En apariencia, los dos sostenían relaciones cordiales. A pesar de que Isabel estaba muy bien enterada de que Phillips gozaba de la confianza de Miles, suponía que, como todo el mundo, ignoraba la tensión existente entre marido y mujer. Esta pasaba entonces unos días en Greenwich con una amiga, y su casa de Nueva York estaba en manos de los decoradores;

ALBUM DE
FILM SELECTO

FilmoTeca
de Catalunya



RICHARD DIX



JUNE COLLYER